

C Í R C U L O

PARTIDA

Al canto de los émbolos
elástico rebota el muelle gris.
Abre la proa firme
un ángulo de ausencia.
Naves rotas y vagabundas
duermen pesadamente
junto al umbral de las escolleras.

La ciudad todavía
tiene adherido al barco
por el cordón umbilical del humo.

El imán de la tierra
hipnotiza miradas.
La vida vieja queda
amarrada a la orilla.
Mundo, ¡juguete nuevo!
El aspirador del cielo
bebe todos los gritos.

Cuando llegue la noche
el hornillo del faro
quemará solamente
negro carbón de adioses.

El arco de los vientos
templá en largos acordes
el violín de las jarcias.
Una blanca escuadrilla
de gaviotas
hasta lejos
lejos nos acompaña.

Inútilmente el mar se agita
en femeninas epilepsias
para arrojar de su lomo
al gran insecto del barco
que le hace cosquillas.

V U E L T A

Faro de Santa María:
pivote indicador
del tránsito del río.

De lejos han salido
encorvando sus lomos
a ladrarnos los cerros.

El barco hace gambetas
entre pedruzcos de islas.
El canal nos engulle
con sonoros glu-glus.

Sin limpiarse la cara
las casas han salido
curiosas a mirarnos,
casas niñas que han crecido
durante nuestra ausencia
y ya son mayorcitas.

El cielo aplasta las azoteas
Solo algunas torres

Muere aquí la rosa
de los vientos.
El barco empuja
los horizontes redondos
mientras resbala
por el alambre del meridiano.

El arado de la proa
en surco de singladuras
sepulta la distancia.
El palo mayor sostiene en alto
la bandera del cielo.

En la hoguera de oriente
arden los días.
El sol fatiga la misma ruta
mil millones de veces.
Por el agujero de un tiburón
el mar se ve hasta el fondo.
Días y días? Siglos y siglos?
La boca abierta del cielo bosteza
interminablemente.

De tarde los ponientes improvisan
mantones de Manila a la noche
a la hora en que estalla
el fogonazo blanco de Vésper.

Sobre negra pista de asfalto
el menguante de la luna
como un neumático se desinfla
pinchándose en las estrellas.

En un plano inclinado
sin poder detenerse
el barco cae hacia la trampa
del puerto más cercano.

congestionadas de esfuerzo
se afilan como lápices.

Silencio de la tierra
junto al canto del mar!
Todas las grúas quieren
engancharnos del saco.
Sobre sus pies de piedra
se afirma el largo muelle
cerrándonos el paso.

Serpentinas de miradas
se enriedan
en los hilos de teléfono.

Nos asomamos a la borda
Cerramos los ojos.
La tierra es más blanda
que el mar.
Y nos dejamos caer
en un abrazo sin fondo!

ALBERTO LASPLACES.